

Introducción al curso

¡Bienvenidos a este curso en el que nos adentraremos en la fascinante aventura de escudriñar la Palabra de Dios para descubrir Su mensaje para nosotros, siempre vital y actual, a través del Evangelio según san Juan!

Como en los otros cursos bíblicos gratuitos disponibles en esta página web de Ediciones 72, iremos revisando poco a poco el texto bíblico, con la ayuda de comentarios de expertos católicos, autorizados por la Iglesia, entre los que se cuentan los llamados Padres de la Iglesia, santos y sabios de los primeros siglos del cristianismo, hasta reconocidos autores contemporáneos, como por ejemplo, los que pertenecen a la Pontificia Comisión Bíblica del Vaticano.

En cada clase veremos un pasaje completo. Cabe aclarar que nuestro objetivo no será adquirir un barniz de 'cultura bíblica', sino comprender la Palabra, reflexionarla y sobre todo relacionarla con nuestra propia experiencia, permitir que sea, como dice el salmista: lámpara para nuestros pasos, luz en nuestro sendero (ver Sal 118). Por ello, a lo largo de cada clase encontrarás continuamente invitaciones a reflexionar.

Se trata de ponerte en contacto con el Dios Vivo, con el Dios que te creó, te conoce, te ama, e interviene para bien en tu historia todos los días.

Una sugerencia: si es la primera vez que lees la Biblia, quizá te convenga leer el libro *¡Desempolva tu Biblia. Guía práctica para empezar a leer y disfrutar la Biblia!* de Ediciones 72. Te ayudará a entender de qué se trata, cómo buscar y citar textos bíblicos, etc.

Antes de comenzar de lleno a revisar el texto bíblico, debes saber lo siguiente:

El Evangelio según san Juan es considerado una de las obras más bellas y profundas, no sólo de la Biblia, sino de la literatura universal. En los símbolos con que suelen representarse a los cuatro evangelistas, a san Juan lo representan con un águila, como para indicar que es un autor de altos vuelos, que alcanza una altura impresionante.

Con el Evangelio según san Juan se completa y se cierra el número de Evangelios que la Iglesia considera sagrados y canónicos (es decir, que forman parte del grupo de textos bíblicos revelados por Dios). Al igual que los Evangelios sinópticos (de san Mateo, san Marcos y san Lucas), es un anuncio de la Buena Noticia (la salvación que nos trajo Jesucristo mediante Su vida, Pasión, Muerte y Resurrección); pero supone, respecto de aquéllos una profundización en la comprensión de la vida y enseñanza del Señor...

Se conserva un fragmento del cuarto Evangelio en un papiro que está en la biblioteca John Rylands en Manchester, EUA, que fue encontrado en el Fayum (Medio Egipto) y ha sido datado en la primera mitad del siglo II. Muestra la gran difusión de este Evangelio en tan temprana fecha. Se trata del texto más antiguo que conocemos de los cuatro Evangelios...

Existen testimonios de principios del siglo II que muestran la gran autoridad de que gozaba este Evangelio, pues ya en ese tiempo se citan de él frases literales o se alude al sentido de sus expresiones. (BdN p. 4435).

¿Quién es el autor del Evangelio según san Juan?

Durante siglos la Iglesia consideró que el autor de este Evangelio es san Juan, uno de los Doce Apóstoles. Entonces recientemente, algunos estudiosos bíblicos han puesto eso en duda y han propuesto toda clase de teorías, de las que no tienen ninguna prueba. Que si el autor del Evangelio era miembro de un grupo de esenios, que si era el líder de una comunidad y entre él y todos escribieron el Evangelio, que si lo escribió un desconocido del que nadie sabe quién fue. Son especulaciones sin verdadero fundamento. En cambio la Iglesia tiene sólidas razones para sostener que el autor del cuarto Evangelio es san Juan, nada menos que los testimonios de Padres de la Iglesia contemporáneos de san Juan, cuya credibilidad no puede ponerse en duda. He aquí algunos ejemplos:

San Ireneo (120-200), obispo que fue discípulo del obispo san Policarpo, que a su vez fue discípulo de san Juan escribió: «Juan, el Discípulo del Señor, el que se recargó sobre Su pecho, publicó su Evangelio cuando vivía en Éfeso, en Asia»

San Eusebio (260-340) escribió que san Juan escribió su Evangelio cuando ya estaban escritos los de san Marcos y san Lucas, y que lo hizo porque a éstos les faltaba narrar ciertos hechos que sucedieron al inicio del ministerio de Cristo.

Existe también el testimonio de Papías de Hierápolis, del que sabemos, por Eusebio de Cesarea, que fue discípulo de san Juan.

A partir del siglo IV es tradición común y constante atribuir al apóstol san Juan el cuarto Evangelio, y según dicha tradición se ha expresado el Magisterio de la Iglesia (BdN pp. 4435-4436)

San Clemente de Alejandría escribió: «Juan, urgido por sus amigos e inspirado por el Espíritu, compuso su Evangelio.» (S. Ray, p. 22).

¿Qué se sabe acerca de san Juan, Apóstol y autor del cuarto Evangelio?

Se cree que era judío, pues está muy familiarizado con palabras y prácticas judías y conoce bien las fiestas, instituciones y geografía de Palestina. (ver Jn 1, 38; 2, 6).

Era muy joven cuando conoció a Jesús; era hijo de Zebedeo, pescador que tenía recursos económicos, pues tenía jornaleros a su servicio.

Su madre probablemente pertenecía al grupo de mujeres ayudaban a Jesús con sus bienes (ver Lc 8, 3).

Tenía un hermano mayor llamado Santiago.

En su adolescencia, él y Santiago fueron discípulos de Juan el Bautista. Se cree que fue Juan el discípulo que estaba con Andrés cuando encontraron a Jesús (ver Jn 1, 35-40).

Un día, en que estaba con su padre y hermano, remendando las redes, pues era pescador, Jesús lo invitó a seguirlo, y aceptó la invitación (ver Mc 1, 19-20).

Se convirtió desde el principio en uno de los Doce Apóstoles de Jesús.

Escuchó Su predicación, presencié Sus milagros.

En una ocasión, cuando le dijeron a Jesús que habían impedido que alguien que no era de su grupo, hiciera milagros en Su nombre, Él los corrigió (ver Mc 9, 38-39). También les impidió que hicieran bajar fuego que consumiera a quienes no habían querido recibir a Jesús (ver Lc 9, 54).

Jesús apodó a Juan y a Santiago «hijos del trueno» (Mc 3, 17).

Junto con su hermano Santiago y su mamá, fue quien se acercó a Jesús a pedirle que les concediera sentarse a Su derecha y a Su izquierda en Su Reino (ver Mt 20, 20-23).

Pedro, Santiago y su hermano Juan fueron los discípulos más cercanos a Jesús, a los que les permitió acompañarlo en ciertas ocasiones, como cuando devolvió la vida a la hija de Jairo (ver Mc 5, 37), cuando se transfiguró (ver Mc 9, 2), y durante Su oración en Getsemaní (ver Mc 14, 32-34).

Jesús lo envió, junto con Pedro, a preparar la Última Cena (ver Lc 22,8).

Fue quien se recargó en el pecho de Jesús durante la Última Cena (ver Jn 13, 25).

No se refiere a sí mismo por su nombre, sino como el «discípulo amado» (Jn 13, 23; 19, 26).

Se sabe que cuando Jesús fue aprehendido, en el Huerto de los Olivos, fue Juan el discípulo que pudo entrar al atrio del sumo sacerdote, porque era conocido de éste, e incluso logró que entrara Pedro (ver Jn 18, 15-16).

Cuando Jesús fue crucificado, Juan fue el único discípulo que estuvo al pie de la cruz, junto con María, la Madre de Jesús, que se la encomendó (ver Jn 19, 26-27).

Juan fue uno de los primeros testigos de la Resurrección. Corrió al sepulcro más rápido que Pedro, lo esperó respetuosamente, y después entró y «vio y creyó» (Jn 20, 8). Obviamente lo que vio fue la Sábana Santa, tal como la habían colocado, cuando envolvieron el cuerpo de Jesús, pero ¡vacía!

Fue el primero que reconoció a Jesús cuando se le apareció a la orilla del lago (ver Jn 21, 7).

Y de él dijo Jesús que se quedaría hasta que Él volviera (ver Jn 21, 20-23), misteriosa afirmación que no significaba que Juan no moriría, pero sobre la cual los teólogos debaten todavía.

Junto con Pedro, sufrió amenazas, persecución y cárcel por predicar sobre Jesús (ver Hch 4, 1-22). Fue enviado por la comunidad, junto con Pedro, a orar por los samaritanos que habían aceptado la Palabra de Dios y a orar por ellos para que recibieran el Espíritu Santo. (ver Hch 8, 14-15).

Participó en el Concilio de Jerusalén (ver Hch 15).

La Tradición afirma que Juan y María vivieron en una casita en Éfeso. Después de la Asunción de María, y durante la persecución contra los cristianos, fue desterrado a la isla de Patmos. Posteriormente, en tiempos del emperador Trajano, que reinó del año 98 al 117 d.C. san Juan volvió a Éfeso, donde falleció, se cree que alrededor del año 104. Todavía hoy se pueden ver las ruinas de una iglesia que se construyó sobre su tumba.

De su autoría son cuatro libros bíblicos: su Evangelio, tres Epístolas (Cartas) y el Apocalipsis, todos escritos en los últimos años de su vida.

San Pablo lo consideraba uno de los pilares de la comunidad cristiana (ver Gal 2, 9)

Destinatarios

A diferencia de san Marcos, que dirigió su Evangelio a cristianos de origen romano, y de san Mateo, que escribió para cristianos de origen judío, y san Lucas, cuyos principales destinatarios eran cristianos de origen griego, san Juan escribió no sólo para judíos que estaban fuera de Tierra Santa, sino también para gentiles, y por eso con frecuencia proporciona la traducción de términos semíticos. (Martin & Wright, p. 359).

«Juan escribió para todos, para todas las eras por venir, retirando la cortina del tiempo para permitirnos atisbar lo eterno...Anunció al mundo judío y pagano que Jesús no sólo era el Mesías, sino el «Yo soy» del Éxodo (ver Ex 31, 14) y de la Antigua Alianza. Era el profeta que había de venir (ver Dt 18, 15-18), el Siervo Doliente de Isaías (ver Is 53), el Verbo (Logos), la Palabra de Dios que estaba con Dios antes de que el mundo fuera creado...Su Evangelio revela el corazón mismo de Dios.» (S.Ray p. 26).

Lengua

El Evangelio fue escrito en griego, la lengua más hablada en ese tiempo.

Estilo

«Está escrito dentro de lo que se conoce como el género de biografía greco romana o «Vida»..que es una selección de narraciones sobre una persona, que no pretende dar un relato completo acerca de todas sus palabras y hechos. Juan mismo afirma que Jesús hizo mucho más que lo que está escrito en su Evangelio (ver Jn 21, 25).» (Martin & Wright, p. 359).

En el Evangelio de san Juan, suele haber dos significados, uno que es evidente, que está en la superficie, y otro mucho más profundo. Es un tesoro escondido, mientras más escarbas, más encuentra.» (S.Ray p. 26).

Objetivo

Lo dice el propio Juan: «Para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en Su nombre» (Jn 20, 30-31).

«Creer va unido a conocer la verdad sobre Cristo...indica la adhesión sin reservas a la Verdad, que es Jesucristo...Tal conocimiento se adquiere por el testimonio del autor del Evangelio y por la acción del Espíritu de la Verdad. La fe es así al mismo tiempo un don gratuito por parte de Dios, y un acto libre por parte del hombre.» (BdN p. 4443).

Un segundo objetivo, aunque Juan no lo mencionó, parece ser llenar ciertos huecos que dejaron los Evangelios de san Mateo, Marcos y Lucas. Por ejemplo, mientras que los Evangelios sinópticos describen sólo un viaje de Jesús a Jerusalén, san Juan menciona varios viajes.

Los especialistas coinciden en pensar que san Juan conocía uno o más de los Evangelios sinópticos, y que quiso información adicional para complementarlos (Hahn et Mitch, p. 271).

Fecha

Algunos biblistas del siglo IX, calculaban que este Evangelio fue escrito en el año 150, pero ya nadie sostiene esa teoría... San Ignacio de Antioquía menciona las enseñanzas del cuarto Evangelio, en una carta escrita en el año 107. Así que hoy en día los especialistas consideran que el Evangelio según san Juan fue escrito al menos en el año 100 (Hahn et Mitch, p. 259). Probablemente alrededor del año 90.

Temas

Tal vez el tema más presente en este Evangelio, que de muchos modos es la llave maestra que abre todo el Evangelio, es la revelación de que Dios es una familia... Padre, Hijo y Espíritu Santo...

También la familia humana juega un papel importante en el cuarto Evangelio. De hecho, el corazón del mensaje de Jesús es que los hijos de los hombres están invitados a convertirse en hijos de Dios (Hahn et Mitch, p. 282-294).

El aspecto más importante de carácter religioso doctrinal que presenta el cuarto Evangelio es mostrar cómo el Dios invisible se ha dado a conocer a través de Jesucristo (BdN p. 4441).

Características

Es un texto que suele tener dos significados: el evidente, literal, y uno mucho más profundo, espiritual. Alguien lo ha descrito como un tesoro enterrado. Conforme vas escarbando más y más, vas encontrando nuevas riquezas.

No pretende dar un retrato minucioso, periodístico, de Jesús, sino narrar aspectos esenciales que permitan captar Su trascendencia.

No pretende simplemente registrar lo que hizo un personaje del pasado, sino propiciar un encuentro con Jesús Resucitado.

En líneas generales, en san Juan, como en los Sinópticos, se encuentra el mismo esquema que presentaban los Apóstoles en su predicación oral: Jesús comienza Su ministerio público tras ser bautizado en el Jordán por Juan Bautista, predica y obra milagros y acaba Su vida en la tierra con la Pasión y Resurrección gloriosa. Pero dentro de ese cuadro general, en san Juan se descubre una estructura peculiar caracterizada por la mención de las distintas fiestas judías y por la progresiva manifestación de Jesús como Mesías e Hijo de Dios (BdN p. 4436).

Suele hacer uso de conceptos contrastantes como luz y oscuridad, vida y muerte, Cielo y Tierra, Dios y Satanás, espíritu y carne, etc (Anderson p. 354).

Comienza con un prólogo, seguido de dos partes: la primera, que los estudiosos bíblicos llaman «Libro de los Signos», cuyos capítulos narran el ministerio de Jesús y Sus signos o señales milagrosas, y el «Libro de la Gloria» que se centra en la Última Cena y la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús.

Tiene muchas similitudes con los llamados «Evangelios sinópticos» (san Mateo, san Marcos y sobre todo con san Lucas), por ejemplo, los cuatro mencionan a las mismas personas, y coinciden en la narración de algunos milagros, como el de la multiplicación de los panes y peces, pero tiene características propias que

no comparte con ellos, por ejemplo los largos discursos pronunciados por Jesús, y algunas escenas y milagros que no aparecen en los Sinópticos (como el de las bodas de Caná, o la resurrección de Lázaro). De hecho de los veintinueve milagros que narran los Sinópticos, san Juan refiere sólo dos, y habla de otros cinco milagros distintos. Pero el rasgo más sobresaliente es que presenta los milagros como «signos» pues le sirven de base para exponer realidades más profundas...con las bodas de Caná se manifiesta la gloria de Jesús, se revela el comienzo de la era mesiánica y se vislumbra ya la función de Su Madre en la Redención; la multiplicación de los panes y peces apoya las palabras de Cristo que se presenta como Pan de Vida; la curación del ciego precede a la manifestación de Jesús como Luz del mundo; la resurrección de Lázaro enseña que sólo Jesús es la Resurrección y la Vida.» (BdN p. 4440).

San Juan, ya desde el prólogo revela que Jesús es el Hijo del Padre. Incluye en su texto varias menciones que hace Jesús sobre Su Padre, y también sobre el Espíritu Santo, al que Jesús se refiere con frecuencia, del que enfatiza Su importancia, revela que es Persona y da a conocer aspectos que sólo aparecen en este Evangelio.

Nota apologética:

Dos temas que toca el Evangelio según san Juan suelen ser evadidos o malinterpretados por los hermanos separados: el capítulo 6, en el que Jesús claramente da a entender que la Eucaristía no es un símbolo sino realmente Su Cuerpo y Su Sangre, y el capítulo 17 en el que ora a Su Padre pidiendo que entre Sus seguidores haya unidad. Dicha unidad fue rota en el año 1500 por Martín Lutero y ha seguido rompiéndose desde entonces.

«El Evangelio de san Juan está centrado en Dios. Desde el comienzo nos muestra la comunión eterna de vida y de amor entre Dios Padre y Su Hijo, al que ha enviado para revelarnos al Padre y salvarnos.» (Martin et Wright, p. 25).

Dice el Papa Benedicto XVI en su extraordinario libro «Los Apóstoles» que si hay un tema que surge siempre en las páginas de san Juan, es el amor. Él es quien afirma «Dios es amor», que «Dios nos amó primero» y que Jesús nos dejó el mandamiento de amarnos unos a otros como Él nos ama.» (p.80).

Antes de comenzar a leer cualquier texto bíblico, toma en cuenta:

Dice el Catecismo de la Iglesia Católica que «Toda la Escritura divina es un libro, y este libro es Cristo, porque toda la Escritura divina habla de Cristo, y toda la Escritura divina se cumple en Cristo» (C.E.C. #134).

«Todo texto bíblico tiene varios sentidos.

El sentido literal. Lo leemos como leemos cualquier otra obra literaria. Consideramos el significado de las palabras y expresiones, como las entendían quien las escribió y quienes primero las recibieron. Consideramos su género literario (histórico, poético, narrativo, etc).

El sentido espiritual. Buscamos qué quiere decirnos el Espíritu Santo. El sentido espiritual puede tener alguna de tres características:

1. Alegórico. Cuando personas, eventos o instituciones de la Sagrada Escritura anuncian o señalan misterios que están todavía por venir (como algunos textos del AT), o revela los frutos de misterios ya revelados (como en el Nuevo Testamento).
2. Moral. Lo que leemos nos mueve a apartarnos de vicio y a cultivar la virtud, a buscar la santidad.
3. Anagógico. Cuando lo que leemos es «prefiguración» (anticipo, anuncio) de lo que viviremos con Dios en la eternidad. Nos mueve a contemplar nuestro destino eterno. » (Scott Hahn, Judges, p. 9).

Siempre debemos leer la Biblia tomando en cuenta ambos sentidos: literal y espiritual, cuidando de no caer en el extremo de tomarlo todo literal, ni en el otro extremo de creer que sólo es espiritual.

La Iglesia propone tres criterios a tomar en cuenta al leer la Biblia:

1. Siempre hay que considerar el conjunto de la Sagrada Escritura, nunca sacar citas fuera de contexto.
2. Interpretarla de acuerdo al Magisterio y la Tradición de la Iglesia, a la que Jesús prometió enviarle Su Espíritu Santo para guiarla a la Verdad. Recordemos que ningún texto es de interpretación privada, y que si una persona se pone a sacar sus propias interpretaciones, de seguro estará en contradicción con otra persona que ha hecho lo mismo. Se necesita indispensablemente una autoridad que pueda determinar cómo se entiende cada texto. Y esa autoridad, dada por Cristo, es la Iglesia Católica.
3. Leer los textos bíblicos tomando en cuenta la fe de la Iglesia. Si creemos que son inspiradas por Dios, hemos de creer también que son coherentes entre sí y en relación con la doctrina de la Iglesia.

Por último, hay que tener cuidado de nunca decir que la Sagrada Escritura lo que no dice. Si se la cita, que la cita sea textual, no con nuestras propias palabras, porque podemos citarla mal.

SUGERENCIA:

Tómate un tiempito para darle una hojeada general al Evangelio; sin detenerte mucho, simplemente pasando las hojas, mirando los títulos de cada sección, de cada capítulo, para tener una idea general, global de lo que iremos viendo con detenimiento en cada clase.

Conforme vayamos avanzando en la lectura del Evangelio, conviene que tengas a mano tu Biblia, cuaderno y pluma, para que puedas anotar algo que te llame la atención; y un lapicero de punta delgadita (de 5 mm) y punto suave, para que puedas subrayar aquello que te llame la atención y también hacer anotaciones que consideres pertinentes. No temas escribir sobre tu Biblia; hacerlo te ayudará a sentirla más tuya, a encontrar más rápidamente los pasajes que te resultan más significativos y a familiarizarte cada vez más con la Palabra de Dios.

Hasta aquí las explicaciones previas. A partir de la siguiente clase, Dios mediante, entraremos de lleno a revisar el Evangelio según san Juan.

Pidamos su intercesión para que sepamos descubrir el mensaje que Dios le inspiró para comunicárnoslo.